

El cascanueces y el rey de los ratones

Cuento de Navidad alemán

Érase una vez, en una hermosa ciudad cubierta de nieve, una niña llamada Clara. Era Nochebuena, y en su casa se celebraba una gran fiesta con música, mucha gente y un enorme árbol de Navidad lleno de luces y adornos.

Su tío Drosselmeyer, un hombre misterioso y mágico, le regaló un juguete muy especial: un cascanueces con forma de soldado. Era un soldadito fuerte y elegante, con una gran sonrisa y un uniforme de colores brillantes. Clara quedó encantada y decidió que sería su nuevo tesoro.

Aquella noche, cuando todos se marcharon y la casa quedó en silencio, Clara dejó el cascanueces junto al árbol y se fue a dormir. Pero, a medianoche, ocurrió algo increíble: ¡el árbol de Navidad comenzó a crecer! Se hacía cada vez más grande, hasta que parecía tocar el techo. De pronto, todos los juguetes que había debajo empezaron a moverse como por arte de magia.

¡El cascanueces, que ahora tenía el tamaño de un muchacho, había cobrado vida!

— ¡Clara, Clara! ¡Necesito tu ayuda! —exclamó.

La niña abrió los ojos, sorprendida.

— ¿Qué ocurre?

El cascanueces le explicó que el malvado rey de los ratones planeaba robar todos los juguetes y la magia de la Navidad.

De repente apareció el rey de los ratones, con sus siete coronas y un ejército de ratones enormes detrás. El cascanueces no se asustó: tomó una espada y, con la ayuda de Clara y un ejército de soldados de juguete, luchó con valentía contra ellos. Clara, muy decidida, lanzó un zapato al rey de los ratones. Este cayó de culo y salió corriendo con todo su ejército.

Cuando terminó la batalla, el cascanueces se volvió hacia Clara y sonrió.

— ¡Has salvado la Navidad!

Entonces sucedió otra cosa mágica: ¡el cascanueces se transformó en un príncipe de verdad! Tomó a Clara de la mano y le dijo:

— ¡Ahora ven conmigo a mi reino!

Juntos subieron a un trineo hecho de caramelos y volaron al Reino de los Dulces. Allí había castillos de azúcar, flores de chocolate y lagos de gelatina. Clara conoció a la reina de los Dulces, que ofreció un gran espectáculo de danzas en honor a su valentía.

Al terminar la fiesta, Clara se quedó dulcemente dormida. A la mañana siguiente despertó en su casa, bajo el árbol de Navidad, con el cascanueces entre las manos. Se preguntó si todo habría sido un sueño… Pero, cuando miró al soldadito, le pareció que sonreía más

que nunca.